REDC 69 (2012) 585-612

REORGANIZACIÓN DE HOSPITALES, CENTROS ASISTENCIALES Y PASTORAL DE LA SALUD

Resumen

El presente trabajo consiste en una revisión de la situación actual de las órdenes religiosas sociosanitarias enfocándose, a modo de autocrítica, en el diagnóstico de las posibles patologías existentes y que generan conflictos con el mundo sanitario y la sociedad actual. El objetivo sería pues, que este trabajo pueda servir de revulsivo a las comunidades, para afrontar los retos actuales de la vida consagrada socio-sanitaria. El trabajo sugiere los desafíos que supone la cultura secular, repasando aspectos relativos a la inserción de las obras o servicios en esta sociedad, la ocupación del seglar en la institución, las relaciones con el mundo político de la salud, el futuro de los institutos, …, para continuar con las claves del tratamiento y finalizar con un pronóstico.

Palabras clave: órdenes religiosas, hospitales, equipos asistenciales, pastoral, actualidad, futuro.

Abstract

The present work consists in a review of the current situation of sociosanitary religious orders, focusing, by way of self-criticism, in the diagnosis of possible existing pathologies that generate conflict with the medical care and today's society. The aim would therefore, that this work could serve as a revulsive to the communities, in order to front current challenges of the socio-sanitary consecrated life. The work suggests the challenges posed by the secular culture, reviewing aspects related to the inclusion of services in this society, the occupation of the secular in the institution, the relations with the political world of health, the future of the institutes,..., continueing with the keys to treat and finishing with a prognosis.

Keywords: religious orders, hospitals, health care teams, pastoral, actuality, future.

Universidad Pontificia de Salamanca

Soy consciente de que estamos ante un tema con muchas ramificaciones, del que se viene hablando con diferentes términos desde hace décadas y con distintos énfasis. Hay que reestructurar y reestructurarse porque somos una realidad global, porque disminuye el número de los religiosos en occidente, porque se avanza en edad y no hay «repuestos» para la tarea del liderazgo…

Refundar, revitalizar, reorganizar, reestructurar, resignificación carismática… «Padecemos, en la vida religiosa, el vértigo de creer que pronunciando palabras solucionamos problemas. Si los contextos sociales y las personas son nuevos, no pueden servir las respuestas que ayer nos ofrecíamos»[1]. Sea como sea, estamos en una situación propia para el discernimiento, un kairós. Kant escribía: «Un médico no hacía sino consolar a su enfermo todos los días con el anuncio de la próxima curación, hoy diciéndole que el pulso iba mejor, mañana que lo que había mejorado era la excreción, pasado que el sudor era más fresco, etc. El enfermo recibe la visita de un amigo: ¿Cómo va esa enfermedad?, le pregunta nada más entrar. ¡Cómo ha de ir! ¡Me estoy muriendo de mejoría!» Espero no sea esta la dinámica que reforzamos con las palabras que usamos en torno a la situación actual de la vida religiosa sociosanitaria.

Al prestar atención al título, hay que tener en cuenta que la realidad a la que nos referimos es muy variada. Va desde la típica clínica perteneciente a un instituto religioso y con frecuencia vinculada a compañías de seguros, a las numerosas residencias de mayores, a los diferentes programas y servicios sociales (transeúntes, enfermos de sida, prostitutas, comedores sociales…), a los servicios religiosos de centros públicos y privados prestados por el clero en general, pero también con la participación de religiosos presbíteros y, en menos ocasiones, por religiosas.

En estas líneas seguiré un enfoque clínico del tema que se me pide, sabiendo que corro el riesgo de que la mirada clínica subraye los aspectos negativos. Espero que el punto de vista elegido, si bien muy limitado, en vez de resultar negativo, sea estimulante y un revulsivo para afrontar los retos que encontramos en el mundo de la vida consagrada socio-sanitaria.

Pretendía ser original. Querría iniciar con un diagnóstico sobre la realidad, para ver si la situación de la vida religiosa socio-sanitaria y la pastoral de la salud en nuestras obras están sanas o enfermas. Debo observar sus signos y síntomas. O sea, debo detenerme sobre los indicadores evidentes y objetivos de una enfermedad o desorden (signos), lo mismo que sobre los síntomas, fenómenos de carácter subjetivo que acompañan la enfermedad.

Pero me he encontrado con que José María Arnáiz escribía recientemente: «Hace 15 años escribía unas páginas en el libro *Por un presente que*

1 L. A. GONZALO, La reestructuración es cuestión de comunidad, in: Suplemento Vida Nueva Con Él, 3 (2012) 1.

Universidad Pontificia de Salamanca

tenga futuro sobre la «vida consagrada hospitalizada» y cómo se tenía que hospitalizar para librarla de la muerte. Ahora hablamos de muerte. Eso le ocurre al que está enfermo y los médicos no aciertan en el diagnóstico y en la medicación y cuidados»[2]. Pues bien, también yo me referiré a posibles patologías de la situación actual de la vida religiosa socio-sanitaria y buscaré algún tratamiento aventurándome tímidamente a hacer también un pronóstico.

Digamos de entrada que la situación en cuanto a la envergadura de la presencia de instituciones religiosas en el mundo de la salud es muy variada. Los hermanos de San Juan de Dios, por ejemplo, tienen en España 53 centros, con 7.310 camas, 3.378 plazas asistenciales, 11.353 trabajadores, 1.836 voluntarios, 275 hermanos. Hay que contar con que su nacimiento es español. Los religiosos camilos tenemos en la actualidad tan solo 1 centro (el de Tres Cantos), 1 hospital-residencia alquilado a la gestión de un consorcio público, y 6 capellanías, con un total de 40 religiosos.

Antes de describir los males, que mostrarán los colores y aspectos menos saludables de la realidad diagnosticada, diré con convencimiento que todavía se puede afirmar de la mayor parte de los centros y servicios asistenciales de instituciones católicas que de ellos se sigue diciendo y experimentando que tienen ese «algo» que por razones no siempre tangibles, hace plantearse la pregunta ¿quién está detrás para que esto sea así?, lo cual muestra que un valor añadido a dichos centros y servicios lo da la propia identidad de la titularidad y los modos como se prestan los servicios, asociados al mismo motivo.

En el Congreso Internacional de Vida Consagrada de 2004, Dolores Aleixandre puso el dedo en la llaga desde el primer día: en la historia de la salvación, lo que abre la puerta a la acción de Dios es el reconocimiento de la carencia, de la fragilidad. Como han señalado varios testigos, dicho Congreso experimentó un giro cuando dejó de leer la parábola del Buen Samaritano preguntándose qué podía hacer por el herido y pasó a preguntarse si el herido no sería la vida consagrada misma. «¿No estaremos –decía Dolores- necesitando que el gran Samaritano que es Jesús se nos acerque, cure nuestras heridas y derrame sobre ellas el aceite de su consuelo y el vino de su fuerza? ¿No está ante nosotros el *kairós* de descubrir en nuestra fragilidad «un camino nuevo» en el que la fuerza se manifiesta en la debilidad y la vida en la muerte?»[3].

2 J. M. ARNAIZ, Acompañar institutos en riesgo de extinción. La opción de morir con dignidad. El arte carismático de morir, in: Vida Religiosa 5 (2010) 72.

3 P. BELDERRAIN, Serenidad, Sagacidad, sinceridad, in: Vida Religiosa 2 (2009) 29-30. Conferencia Española de Religiosos. «La intercongregacionalidad. Un fruto a madurar en la estación de la globalización», Presentado en la Asamblea General de 2009 (Serie «Cuadernos de reflexión», n. 1).

Universidad Pontificia de Salamanca

1. Diagnóstico

Leyendo parte de la literatura especializada sobre vida consagrada y el momento actual, percibo que efectivamente los expertos del tema llevan décadas dedicándose a buscar la palabra más adecuada para iluminar la vida de los institutos religiosos envejecidos, particularmente en Europa.

Superadas las tentaciones moralizantes: somos pocos porque no somos buenos y no tenemos atractivo, porque no rezamos lo suficiente, porque no damos ejemplo… que tienen resabio de una concepción de la vida religiosa previa al Concilio, concebida como un estado de mayor perfección, puede que estemos cayendo en un mecanismo de defensa vivido individual y colectivamente de la posible muerte institucional. «A estas alturas de lectura teológica de lo que somos y expresamos, nadie interpreta que nuestra sequía vocacional es consecuencia de la infidelidad…»[4].

Fabio Ciardi, ensayista italiano, dice: «Con escasos resultados se ha intentado realizar todo tipo de terapia, desde el estudio de los orígenes hasta el carisma; de la inculturación, a la apertura a los seglares. Y todo va sucediendo como sobre arenas movedizas, pues cuanto más nos movemos dentro de estos problemas, más nos invade la sensación de hundirnos en ellos. Parecería que tampoco los proyectos de «refundación» nos estarían llevando muy lejos. Con eufemismos se disfraza una realidad molesta: hablamos de «dar nueva dimensión a las obras», para no decir que nos vemos obligados a cerrar conventos, casas o instituciones; decimos «cualificar las vocaciones y abrirnos a la internacionalidad», para compensar el terrible bajón numérico de nuevos miembros; y tratamos de «reestructurar las unidades territoriales», para no confesar que las provincias ya no funcionan y están desapareciendo»[5].

a) *¿Presencia de agentes patógenos en el entorno?*

«Hoy la vida religiosa se ve ante el desafío de aprender a vivir en una cultura secular, en una cultura plural, en una cultura marginal… y quizá en una cultura de la minoridad y la insignificancia»[6]. Cuando se habla de secularización en la vida religiosa en términos negativos se está indicando justamente esta dolencia: personas que están en ámbitos de consagración simplemente

4 L. A. GONZALO, La reestructuración es cuestión de comunidad, in: Suplemento Vida Nueva Con Él, 3 (2012) 15.

5 F. CIARDI, Inutilidad, distracción y vulnerabilidad. Puntos fuertes de la vida consagrada en Europa, in F. PRADO (Ed.), A donde el Señor nos lleve. Vida consagrada en el mundo: tendencias y perspectivas, Madrid: Publicaciones claretianas (2004) 65.

6 F. MARTINEZ, Situación actual y desafíos de la vida religiosa, in: Frontera 44 (2004) 17. J. M. R. TILLARD, En el mundo sin ser del mundo, Santander: Sal Terrae (1975).

Universidad Pontificia de Salamanca

porque se han quedado, no porque el medio ilumine sus decisiones más íntimas y profundas[7].

En la era del ateísmo científico y de las ciencias ateas, quizás una de las lecciones más importantes que debemos aprender es la importancia de que los científicos que están comprometidos religiosamente puedan y quieran defender y, sobre todo, explicar su fe a sus propios colegas[8]. Si bien es cierto que probablemente el Dios cristiano no es el Dios negado por los ateos. Por otro lado, no falta quien cree que hoy se nos pide narrar a Dios más que expresarlo en los ritos. Y… ¿hasta dónde nuestras obras «narran a Dios» o están en sincronía con la cara institucional de la Iglesia, que tanta credibilidad ha perdido?

Ante esta realidad, ¿entra en crisis la oportunidad de la presencia de los religiosos en los contextos donde se encuentran muchos proveedores de servicios seglares, que ofrecen y hacen lo que antes ofrecían y hacían, sobre todo, los religiosos? Seguro que no. La parábola de la vida consagrada sigue teniendo sentido, pero el mundo seglar que se interesa por la salud, la interpela justo en el corazón. Existe aún un gran número de pobres, de necesidades desatendidas, de soledad; se siente algo así como si muchas instituciones «carecieran de alma», como si estuvieran deshumanizadas. Es necesario responder a estas necesidades del mundo —también del desarrollado—, encontrar raíces humanizadoras, aprender a llevar el «tesoro» (…) del Evangelio al mundo de la salud. Ante nosotros tenemos el desafío de llevar a cabo una *función terapéutica* para con la humanidad.[9]

Sin duda, es la hora del trabajo con los profesionales seglares. Y en este espacio, tampoco faltan las dificultades. Quizá pudiéramos aplicar a nuestra relación con los seglares la frase citada por Frank Monks, entonces Superior General de los religiosos camilos y referida a la colaboración entre los institutos: «Algunos religiosos preferirían fracasar por sus propios medios, antes que lograr un éxito positivo junto con otros»[10]. En efecto, sabemos cómo las instituciones religiosas nos resistimos especialmente al cambio, y hasta somos relativamente indiferentes hacia nuestros objetivos, con tal de convivir con una sensación de solidez y estabilidad perennes: se pierde entonces el carácter ideal del carisma; y las habilidades adquiridas y cristalizadas en el tiempo, adquieren mayor importancia. Tengo la impresión de que seguimos cultivando una visión demasiado negativa sobre la creación, y con una carga

7 L. A. GONZALO, La reestructuración es cuestión de comunidad, in: Suplemento Vida Nueva Con Él, 3 (2012) 10.

8 Cfr. L. SEQUEIROS, Análisis sociorreligioso, in: Iglesia viva, 249, (2012) 63.

9 Véase B. SECONDIN, D. PAPA, Dal pozzo … alla locanda, in: Passione per Cristo, passione per l'umanità, Congresso Internazionale della Vita Consacrata, Roma: Paoline (2005) 80.

10 F. MONKS, Unità, giustizia, solidarietà e così via…, in: Camilliani-Camillians, Roma, 4 (2006) 345.

Universidad Pontificia de Salamanca

de connotaciones demasiado peyorativas sobre la palabra «mundo». *¿Será ésta una forma de mundo-fobia?*

b) *¿Enfermamos al querer hacer una gestión cristiana de la salud?*

Cabe preguntarse si hemos abierto hospitales y eso nos ha enfermado y si al activar servicios para la dependencia nos ha generado dependencia de los mismos.

> «Cuando la vida consagrada queda atada al funcionamiento de instituciones, cuando de lo que se trata es de que «las obras no mueran», los que acaban muriendo son los consagrados. Ya sea en términos reales, por un sobre esfuerzo en términos de salud, o también por una especie de «no va más» que comienza a instalarse a partir de una determinada edad, cuando el desgaste es permanente y los horizontes de recomposición o satisfacción son casi nulos. Es lo que habitualmente se llama *burn-out*»[11].

En efecto, uno de los nudos problemáticos en la vida religiosa son sus obras o servicios, que llevan a cabo como expresión de su identidad y misión en la Iglesia y en la sociedad. En este caso, es evidente que la crisis ha afectado sobre todo a las comunidades de vida apostólica activa. El hecho de haber identificado las comunidades religiosas con sus obras ha llevado a olvidar que las obras se han ido estructurando cada vez más como organizaciones autónomas. Y esto conlleva el hecho de que esas obras comparten con todas las demás formas de organizaciones educativas, sociales o empresariales, la misma configuración y la misma estructura lógico-operativa. De todas formas, parece que aún no se ha tomado plenamente conciencia de que la dimensión organizativa no se opone a la «cultura», a la visión y a la misión propia de la institución religiosa. La crisis de las obras ha estado a punto de poner en crisis a la vida religiosa misma, o más exactamente la comunidad religiosa, en sus ideales y valores de referencia[12].

En el *mundo de la salud,* donde encontramos tantas dificultades e injusticias, tantos problemas éticos, estamos llamados a plantear, en el corazón de quienes contemplan nuestra vida, interrogantes irresistibles (EN 21), y a ofrecer signos de contra-cultura. Es posible preguntarse si no sufrimos un cierto *estrabismo ético* que nos lleva a detenernos sobre los aspectos éticos amados por los periodistas del sensacionalismo -y por ciertos grupos dentro de la Iglesia-, para llamar la atención y provocar reacciones como: «¿Han visto cómo es la Iglesia?, en sentido crítico; o a hacer que los problemas se vean solo a través

11 J. D. RAMOS, El cambio de época y la vida consagrada, in: Vida religiosa, 1 (2012) 13.

12 P. DEL CORE, Vida religiosa y cambio: la reorganización de los institutos, in: Vida religiosa, 4 (2010) 16.

Universidad Pontificia de Salamanca

de la lente de «dilemas», usada por muchos periodistas, dejando de lado otros temas más difíciles, sin duda relacionados con el principio de justicia, antes que con el de autonomía. En tal sentido, a veces hemos caído en actitudes propias de la llamada «sociedad líquida»[13], (y yo diría de las crecientes tendencias a construir una iglesia líquida), adecuándonos indiscriminadamente a los modos imperantes de pensar y actuar.

En un encuentro sobre solidaridad y justicia en el campo sanitario (Camillianum, noviembre de 2006), el P. Francisco Álvarez decía: «No se trata de restablecer antiguos protagonismos, ni de reivindicar una 'gestión cristiana de la salud' en todos los niveles. Hay que partir del hecho de que el mundo de la salud y de la enfermedad (no solo del lado institucional), respetando siempre la autonomía de las realidades temporales, es y debe ser, el ámbito de una gran alianza de voluntades, recursos y esfuerzos. Nadie tendría que quedar excluido, sino que todos tendrían que encontrar allí su misión, su espacio; pero todo esto no es posible si no se parte de la perspectiva justa»[14].

c) *¿Mercaderes en el templo de la salud?*

No solo hemos abandonado obras propias ante las diferentes dificultades experimentadas, sino que muchas comunidades religiosas han dejado de vivir dentro de los hospitales públicos, dejando de ocupar un ala de alguno de los edificios y dejando las llaves que colgaban del hábito. Es posible que no tardemos mucho en salir de los espacios que ocupan las capellanías dentro de las mismas instituciones. Cabe preguntarse si estábamos ocupando justamente esos lugares, si la argumentación de que, particularmente las religiosas, realizaban tareas de gestión, supervisión, coordinación… generaba una presencia justificada en estructuras públicas y una organización de la jornada hospitalaria a ritmo de campana conventual.

Una escritora española dice al respecto: «¿Y si tuviéramos el coraje de reconocernos, como en un espejo, en el personaje del escriba? ¿Y si sus palabras dieran un nombre a nuestra costumbre de refugiarnos en el mundo aséptico de las teorías, en la satisfacción de las declaraciones categóricas, en la tranquilidad de una vida ordenada, cumplidora y entorpecida, en la protección de horarios inmutables y de paredes a veces invisibles, al amparo del

13 Z. BAUMAN, Intervista sull'identità, Roma-Bari: Laterza (2005) 59-60. El autor afirma que el carácter principal de la sociedad occidental es el de ser líquida, y declina este «paradigma» en los ámbitos más variados, con respecto a los cuales recuerda que «los fluidos se llaman así porque, si no se los vierte en un contenedor estrecho, no pueden mantener una forma por mucho tiempo y la cambian constantemente bajo la influencia de la más mínima fuerza».

14 F. ALVAREZ, La vita consacrata tra denuncia e profezia: la missione nel mondo della sanità, in: L. SANDRIN, (dirigido por), Solidarietà e giustizia in sanità, Turín: Camilliane (2006) 59.

Universidad Pontificia de Salamanca

ruido de la vida que pasa lejos de nosotros y de las lágrimas, las risas o las esperanzas de quienes viven y mueren en la periferia de nuestro mundo?»[15]. Una reflexión provocadora. *¿Quizás los religiosos proyectamos o hemos querido proyectar una imagen de delirios de santidad?*

d) *¿Religiosos metidos a políticos?*

Con frecuencia he visto religiosos y religiosas argumentando cual políticos autonómicos para llevarse mejor tajada a su terreno. Los he visto en el ámbito federativo, en espacios de trabajo intercongregacional (o quizás solo multicongregacional), en la gestión de programas de cooperación al desarrollo, e incluso en espacios de diálogo inter-provincial o General dentro de diferentes institutos religiosos. Parece como si se hubieran cambiado los roles y nos hubiéramos identificado con aquello que tanto criticamos. ¿Convertimos así la vida consagrada en un partido y la provincia o congregación religiosa en una autonomía? *¿Será que sufrimos una vocación patológica de vínculo de amor-odio hacia la política?*

En general, creo que pensamos en el *mundo político* de la salud en términos negativos, como si los políticos fueran nuestros enemigos y nuestra dificultad cuando gestionamos hospitales y centros socio-sanitarios o servicios de atención espiritual y pastoral. Podemos decir que partimos de una idea negativa y de un juicio que puede obstaculizar nuestro aporte al mundo sanitario y la labor con los seglares que debemos realizar en pro de la salud integral. Paradójicamente, a veces parecemos malos políticos que piensan solo en el bienestar de la zona (región, pueblo, etc.), olvidando la solidaridad para con los más necesitados; y esto último está mucho más acorde con las exigencias del Reino en el sentido del Evangelio. Me pregunto: *¿sufriremos acaso alguna forma de político-alergia congénita?*

e) *¿Religiosos o empresarios de multinacionales?*

En el borrador de documento de una comisión de la UISG en el que se está reflexionando sobre las obras propias y al que he tenido acceso en mayo de 2012, la línea de fuerza es la de la conservación de las instituciones de salud. Parecería que se quiere exhortar a no abandonar los hospitales, clínicas, centros residenciales para garantizar un futuro en el que sigamos teniendo poder de influencia evangélica. No me sitúo en esta línea. «Si por

15 D. ALEIXANDRE, Cercatori di pozzi e di vie, in: Passione per Cristo, passione per l'umanità, Congresso Internazionale della Vita Consacrata, Roma: Paoline (2005) 125.

Universidad Pontificia de Salamanca

garantía de futuro entendemos la permanencia de los institutos de vida consagrada como los conocemos hoy, creo que es evidente que no la hay»[16].

A mi juicio, estamos negando que el ciclo vital está provocando sí o sí, la proximidad de la muerte literal de un número concreto de institutos; algunos totalmente, otros en cuanto presencia en zonas, países, continentes. De hecho, el 62% de las órdenes religiosas que existían antes del año 1800, ya no existen en la actualidad. Y es obvio que «algunos institutos corren el riesgo de desaparecer». (VC 63) No falta quien ha estudiado que el ciclo vital concreto de las agrupaciones de vida religiosa se extiende por un período que varía entre 250 y 350 años[17]. Por otro lado, los procesos de fusión de institutos producidos entre 1960 y 2009 han llevado a la desaparición de 245 institutos[18].

Incluso el hecho de «afrontar la situación haciendo cálculos, contándose y midiendo los recursos» es calificado de tentación[19]. Quien prefiere ver que nos encontramos ante un momento de cambio decisivo para interrogarnos de nuevo sobre la identidad de la vida consagrada y significatividad en el mundo actual, creo que ha de incluir en esta variable una implicación de nuestro voto de pobreza que es, a mi juicio, la conciencia de nuestra contingencia más radical, de nuestra limitación personal e institucional y de nuestra condición mortal, tanto individual como posiblemente institucional. La crisis como oportunidad no puede ser interpretada exclusivamente como oportunidad para que se produzca más de lo mismo, sino para el verdadero cambio. Y el cambio puede comportar la muerte. Que a la Iglesia le haya sido concedido por Jesús el don de la perennidad («Estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos»), no significa que todas las congregaciones sean eternas. Quizás es el momento de que el proverbio africano: «En el bosque, cuando las ramas se pelean, las raíces se abrazan» lleve a abrazos fecundos de raíces. Es necesario este abrazo para que lo esencial, lo fecundo, esté presente y no caigamos en al vacío[20]. *¿Será que el poder de los carismas corre el peligro de ser encarcelado en prisiones de gestión empresarial?*

16 G. GOMEZ, El futuro es ahora. ¿Está asegurada la pervivencia de los Institutos de Vida Consagrada?, in Vida Religiosa 5 (2010) 10.

17 R. HOSTIE, Vida y muerte de las órdenes religiosas, Bilbao: Desclée de Brouwer (1973) 371. La lectura de la situación de la vida consagrada en términos de «ciclo de vida», utilizando el modelo biográfico, se está difundiendo mucho en estos años a partir de la intuición de este jesuita que publicó el original en francés en 1970 y criticada por otros autores.

18 G. ROCCA, Nuevos institutos, nuevas formas, in Vida Religiosa, 4 (2010) 4. Es cierto que en el mismo periodo han sido aprobados 469 nuevos institutos (incluidos institutos seculares), si bien es cierto que muchos de ellos son no europeos y casi la totalidad ya estaban estructurados según el modelo clásico de congregación religiosa.

19 P. DEL CORE, Vida religiosa y cambio: la reorganización de los institutos, in: Vida religiosa, 4 (2010) 14.

20 J. M. ARNÁIZ, El fenómeno de la preocupación por la reorganización, in Vida religiosa 3 (2009) 17.

Universidad Pontificia de Salamanca

f) *¿Reñidos con el mundo científico?*

Percibo en la vida consagrada socio-sanitaria algunas formas de resistencia que nos llevan a participar de una manera muy limitada, en las *sociedades científicas,* en las que nace y desde las que se difunde cultura en el campo de la salud y de la intervención social. Hay muy pocos religiosos y religiosas que formen parte de las sociedades nacionales o regionales de las diferentes especialidades científicas de la salud. Y lo mismo podría decirse con respecto a otras instancias en las que se engendra la cultura laica, y que podríamos mirar como espacios privilegiados de evangelización, mediante nuestra humilde y especializada colaboración.

El *clericalismo* que sufrimos dentro de los institutos masculinos y que impregna la mentalidad de la vida consagrada femenina, pertenece al pasado. Sin embargo, ese clericalismo quizás nos lleve a otros problemas, como puede ser la falta de confianza hacia lo que no se relaciona con «nuestra religión», o con las cosas de la «sacristía» o de la «capellanía». Para mí en esto hay como una barrera, llamada temor, hacia el mundo laico; o quizás como una escasa autoestima del clero que se manifiesta defendiéndose de los laicos, de su capacidad e identidad que interpelan estando implicados en la vida de la Iglesia. En tal sentido, el clericalismo —lejos de la visión de «Gaudium et Spes»— lleva a pensar que en la transformación del mundo la parte del león es de los clérigos o de los religiosos, mientras que a los seglares les queda solo adaptarse a la acción pastoral de los primeros, o a la espiritual de los segundos[21]. Nos olvidamos de que el 997 por mil de quienes integran la Iglesia, son seglares. *¿Tendría que hablar aquí de síndrome de timidez adquirida o será que sufrimos anoxia de nuestro tejido relacional con el mundo seglar?*

g) *¿Jefes, dueños o fermento carismático en las obras propias?*

La mayor parte de las personas, dentro de nuestras instituciones socio-sanitarias, son seglares: los trabajadores, los enfermos, sus familias, los voluntarios, etc. Con ellos, los religiosos y religiosas mantenemos relaciones. Lamentablemente, muchos de ellos *no conocen nuestro carisma* y pueden irse, después de haber vivido y trabajado varios años entre nosotros, sin haber ejercido el derecho a ser informados sobre el lugar donde están, con quién trabajan, en quién se inspira su estilo asistencial, hacia dónde se orienta la estructura, cuál es la política y la estrategia de la Organización.

21 Véase M. PETRINI, Laico. Enfoque teológico, in: F. ALVAREZ, J. C. BERMEJO, Diccionario de bioética y pastoral de la salud, Madrid: San Pablo (1997) 967-974.

Universidad Pontificia de Salamanca

Es fácil que, a nuestro juicio, el mundo de nuestras obras se vea árido, como una amenaza, porque se mueve con categorías de la vida mundana: laborales, sanitarias, *minusvalorando su vocación y espiritualidad quizás laica*, presente en el cuidado y asistencia de los débiles impregnados de la profesionalidad y del carácter cotidiano de la asistencia. Haciendo así podremos perder la riqueza de la espiritualidad laica para defender nuestras categorías tradicionales, corriendo el riesgo de reducir la dimensión espiritual a los meros espacios confesionales. *¿Será que vemos a los laicos quizás como enanos espirituales en relación a nosotros?*

Mi experiencia me dice que *tememos el lenguaje* propio del mundo laico, usado en nuestras estructuras. Nos resistimos a hablar de calidad (más allá de la relación personal), o sea, de la calidad en la gestión al usar términos propios de la programación y de la evaluación a las que tendemos. Nos escondemos en temas más familiares a la tradición teológica y eclesiástica, impidiendo de este modo que los valores del Evangelio entren a fondo en las estructuras y en los procesos de asistencia. Nos retiramos del mundo laico buscando la seguridad de un lenguaje que cada día tiene menos poder para transformar el mundo.

Podemos decir que el mundo laico nos solicita *evidencias, indicadores, resultados;* y nosotros tememos caer, paradójicamente, en paradigmas utilitaristas; y esto hace que nos alejemos de la realidad sanitaria, que es el objeto de la evangelización. A veces, por ejemplo, no podemos ofrecer evidencias acerca de nuestra colaboración con los países en vías de desarrollo, o de la gran labor de religiosas y religiosos en el campo del sida, tal vez porque no trabajamos con el rigor (¡positivo!) del mundo laico. A veces me doy cuenta de que en los grupos formados por religiosos y seglares para administrar nuestras obras, los menos preparados son los religiosos; y no por falta de capacidad, sino porque en su formación se han descuidado las cuestiones necesarias para «estar en el mundo».

Sé muy bien que existen diferencias entre la filosofía seglar sobre el *management* (administración) y los principios bíblicos; y que en la práctica cotidiana pueden entrar en conflicto. A veces «usamos» a los seglares en el trabajo «sucio», retirándonos —como mecanismo de fuga— a roles menos arriesgados, para autoprotegernos, o bien porque deseamos conservar las manos limpias, y esto se transforma en un mecanismo de desencarnación. *¿Será quizás que sufrimos un «monolingüismo religioso»?*

h) *¿Puros e impuros?*

Creo que sentimos *desconfianza y temor hacia las potencialidades de los seglares*. Esto es una paradoja; pues si bien los consideramos más capaces que

Universidad Pontificia de Salamanca

nosotros, cuando soñamos la realización de una nueva obra asistencial o un nuevo proyecto, nos lamentamos diciendo que no podemos prepararlo con ellos, y que ya los llamaremos cuando todo esté listo para que sean nuestros empleados, porque estarán bajo nuestra dirección, y porque les pagaremos, cosa que les estaremos continuamente recordando y quizás alguna vez se lo echaremos en cara.

Creo que hay que distinguir entre el carisma fundacional, el carisma de la vida consagrada y el carisma de cada instituto. Cuando se dice que la experiencia carismática no se da en el vacío, sino que está institucionalizada[22], además de afirmarse algo hermoso, ¿no se está negando que el carisma de cada instituto es un don para la Iglesia y para el mundo y que, así como se puede vivir en el marco del carisma de la vida consagrada, es también patrimonio de la Iglesia en general y de la humanidad y, por tanto, está llamado a ser fermento más allá de la propia institución? La novedad de la vida descubierta por los fundadores, no cabe ya en los odres existentes de la vida consagrada.

Algo semejante sucede en los servicios de atención espiritual católica en los centros públicos, donde la legislación permite que sea prestado por las conocidas «personas idóneas». ¡Qué poco ha arraigado la colaboración presbíteros-religiosos-seglares en este campo! ¡Cuánta resistencia en relación a la posible contratación de seglares —con su límite en el ámbito de algunos sacramentos— por visiones de pastores que ni desean comprometerse con las implicaciones laborales que esto comporta, ni desean caminar hacia una Iglesia de comunión y una atención espiritual de visión más amplia que la mera atención sacramental. En ocasiones se prefiere un servicio prestado por algún presbítero limitado por su salud física y/o mental, a abrirse al trabajo de los seglares. *¿Estaremos quizás enfermos de lamentorrea de repetición en relación a los seglares?*

i) *¿De Pablo o de Apolo?*

No deja de llamar la atención las resistencias a trabajar en instancias pretendidamente intercongregacionales y que se propusieron incluso entre sus fines el apoyo en la gestión de las obras propias. Se ha experimentado gran dificultad para trabajar juntos en federaciones como la disuelta FERS, así como LARES (Federación de Asociaciones de Residencias y Servicios para personas mayores), y no es fácil el trabajo intercongregacional en la actual FRS (Fundación de Religiosos para la Salud) que gestiona la cooperación al desarrollo heredada de FERS donde a veces se quiere definir la misión en términos de

22 B. FERNANDEZ «El ciclo vital de un instituto», en Vida Religiosa, 108, 4/2010, p. 76.

Universidad Pontificia de Salamanca

evangelización, a la vez que se encuentra el límite de tal definición al presentarse en organismos públicos.

No es fácil cuando los intereses oscilan entre la pasión por la genuina cooperación y, por otro lado, el mantenimiento de infraestructuras y personas en terreno que ya han echado raíces, incluso que están fuera de la edad laboral y se encuentran con imposibilidad de ser reemplazadas, pero también con deseo de no dejar de recibir la compensación económica relativa al servicio prestado institucionalmente.

No nos ha confrontado suficientemente el modelo del padre Angel, de Mensajeros de la Paz que, con todos los límites que quieran evidenciarse, lidera numerosos servicios sociales sin necesidad de estar presente y controlar directamente la gestión de cada uno de ellos.

Ha habido dificultades también a la hora de crear una residencia para mayores de diferentes congregaciones (viejo proyecto de CONFER), así como una Fundación intercongregacional para apoyar en la gestión de las así llamadas «enfermerías religiosas», casi como si, después de la buena intención y del supuesto teórico del buen entendimiento, llegados al «dunque», asomaran las resistencias insalvables que, en no pocas ocasiones, tienen que ver con la gestión de «la caja», el propio bolsillo. *¿Será éste una forma de autismo conventual?*

j) *En la ética, ¿fieles a quién?*

Nadie ignora la dificultad experimentada en las instituciones de Iglesia en el campo de los complejos problemas éticos encontrados en la práctica asistencial. Miguel Martín, hermano de S. Juan de Dios, en un reciente encuentro celebrado en la Universidad de Comillas sobre el pasado, presente y el futuro de la bioética española, apuntaba a esta dificultad. Afirmaba: «Cuando el debate bioético se hace «a pie de obra» se descubren elementos que matizan muchas afirmaciones hechas solemnemente pero que no recogen los mil matices que componen la realidad. Ver el rostro de un neonato gravemente malformado a quien acompañan unos padres anímica y moralmente hundidos; escuchar a unos padres, ya mayores, de una joven deficiente que apuestan por su máxima integración social y que solicitan una ligadura de trompas para evitar una posible maternidad desde todo punto de vista indeseable; compartir un trozo de vida con unos enfermos mentales que no saben cómo estructurar una sexualidad porque difícilmente pueden estructurar aspectos más simples de su vida; presenciar el alta voluntaria de un enfermo de Sida que decide volver a la calle porque esa y no otra ha sido su casa… todas ellas son situaciones que, al menos, cuestionan afirmaciones dogmáticas y, sobre

Universidad Pontificia de Salamanca

todo, posturas intransigentes»[23]. *¿Será que en la bioética sufrimos una cierta despachitis, ajena a la complejidad de la vida moral a pie de obra?*

k) *¿Acompañamiento espiritual o presencia?*

Cabe preguntarse cómo estamos realizando la pastoral de la salud en donde nos ha sido confiada (hospitales públicos y privados), así como en las obras propias de las instituciones religiosas. No podemos esconder que buena parte de los capellanes han sido nombrados teniendo como criterio no tanto la competencia pastoral en el ámbito de la salud o ministerial, cuanto con criterios también de pastoral de cuidado a los propios presbíteros, con frecuencia necesitados de atenciones de salud o jubilados, o con otras múltiples ocupaciones. Por otro lado, en las instituciones de salud y de servicios sociales de religiosos y religiosas, con frecuencia la atención espiritual se tiende a dar por prestada con la mera identidad de la titularidad del Centro o con la garantía de celebración de los sacramentos. La mayor parte de las residencias de mayores no cuentan con servicio de atención espiritual más allá del prestado por algunos miembros de la Congregación titular y el presbítero que preside la Eucaristía diaria.

Ya hemos llegado en alguna Autonomía (Cataluña, al menos, desde el 2005) en la que los agentes de pastoral no pueden visitar a los enfermos por su propia iniciativa, limitándose la atención a la respuesta a la demanda, límite que, por ejemplo, no lo tienen los voluntarios. El análisis de esta situación creo que no permite interpretar que se deba exclusivamente al proceso de secularización o a una intencionalidad de «asepsia religiosa» de los servicios de salud. Es probable que el escaso prestigio y el frecuente bajo nivel del servicio hayan contribuido a desencadenar esta medida.

Simultáneamente, especialmente en el contexto del final de la vida, se desarrolla la reflexión y la investigación en el campo de la atención espiritual laica, tendiéndose a una concepción profesional de la atención a esta dimensión en el marco de la atención integral. Frecuentemente el lenguaje, las herramientas, las tendencias en el campo de la atención espiritual, son ignoradas por buena parte (si no la mayoría) de los religiosos y religiosas, ajenos al desarrollo de las tendencias. Es frecuente también que, cuando hay que rendir cuentas de la actividad desarrollada, los miembros de los servicios religiosos tengan dificultades para realizar su memoria anual y su programación con indicadores medibles. *¿Será esta dificultad una cierta artrosis del músculo espiritual de nuestras Organizaciones?*

23 M. MARTIN, Hermanos de S. Juan de Dios. Revista Hospitalaria, in J. DE LA TORRE, Pasado, presente y futuro de la bioética española, Madrid: Comillas (2012) 102-103.

Universidad Pontificia de Salamanca

2. Terapia para la vida religiosa socio-sanitaria y la pastoral de la salud

Si nuestras formulaciones nacidas de la llamada «reestructuración» se reducen a la pura funcionalidad, es probable que se devalúe el aspecto humano y la vinculación comunitaria…

Por tanto, ni se trata de nuevas palabras para hablar de lo mismo; ni nuevas estructuras que nos den una apariencia de novedad… Se trata de un auténtico cambio que centre la misión y la identidad en la vinculación comunitaria. «Como ya ocurriera en los orígenes, se nos está pidiendo a la vida religiosa algo tan novedoso y atrevido como «nacer de nuevo». Y además hacerlo a sabiendas de que somos mayores, con mucha historia, con procesos inacabados y caminando hacia un futuro que no vamos a ver concluido. Toda una profecía de confianza en la providencia»[24].

Pensando en la situación descrita, fruto de una visión que busca más bien lo negativo (visión clínica tradicional), parece cada vez más necesario aunar los esfuerzos participando eficazmente en la común misión de todos los miembros de la Iglesia, consagrados o no (VC 54), examinando las distintas formas de compartir carisma y misión, y, para algunos, también la misma forma de vida consagrada (formas nuevas). Este es uno de los logros obtenidos en estos últimos años por la doctrina de la Iglesia como comunión y de intercambio de dones en pro de una participación más eficaz en la misión eclesial.

Se diría que las enfermedades que vivimos son —en sentido real— *enfermedades morales;* o sea, relacionadas con las costumbres y las tradiciones de nuestro comportamiento. Y, para este tipo de enfermedades, seguramente lo más importante es la prevención; es decir, la conversión del modo de pensar, el cambio de mentalidad.

Creo que, en realidad, lo que termina surgiendo en este tipo de análisis es siempre el tema de la identidad de la vida consagrada en la Iglesia.

El declive no es un proceso irreversible. Puede ser modificado. Una congregación puede renovarse, reformarse, refundarse desde la fecundidad y novedad permanente del carisma. La cuestión es cómo se vive la situación de declive. ¿Se vive como reversible? ¿Cuáles son sus condiciones de posibilidad? ¿Hay situaciones en que ya se ponen en duda la capacidad de renovación y de cambio? ¿Es posible recrear la vitalidad del carisma? Para mí la palabra que tiene que tomar más cuerpo es «el traspaso» del carisma a su lugar correspondiente: la Iglesia, el mundo, pero el mundo siendo del mundo, no «en el

24 L. A. GONZALO, La reestructuración es cuestión de comunidad, in: Suplemento Vida Nueva Con Él, 3 (2012) 3.

Universidad Pontificia de Salamanca

mundo sin ser del mundo».[25] Quizás la situación en la que nos encontramos puede ayudarnos a revisar no solo la identidad de la vida consagrada, sino también la naturaleza de la misma Iglesia y su misión en el mundo y, particularmente la misión de las instituciones sanitarias de la Iglesia en el mundo. Hay una escena campestre que merece nuestra atención. Los burros muchas veces se resisten a moverse, pero en cuanto se les echa una carga encima comienzan a caminar. Tener pasión por hacer algo ayuda a caminar.

a) *Las expectativas del enfermo*

Cuando un enfermo va al consultorio del médico lleva consigo sus expectativas con respecto al doctor y con respecto a sí mismo; y también lleva consigo el dinamismo de la esperanza, como estímulo hacia la mayor experiencia posible de salud. Estas expectativas limitan asimismo la intervención médica: es seguro que no estaremos dispuestos a dejar de ser nosotros mismos.

Es probable que muchas expectativas de las instituciones religiosas estén aún cifradas en el retorno a la situación anterior: mayor número de miembros religiosos. ¿No rezamos también por este motivo por las vocaciones?

b) *El «médico» (Jesús)*

Quiero imaginarme a Jesús que se dirige a nosotros, como lo hizo con el paralítico, (Jn 5,6) preguntándonos: «Pero, sinceramente, vosotros, religiosos, ahora que sois menos, que os sentís interpelados por vuestro ser y vuestro hacer en el mundo de la salud, ¿queréis recobrar la salud de vuestra identidad profética y de vuestra identidad de vida consagrada u os encontráis bien así, con los 'beneficios secundarios' de estas «enfermedades»? O sea, ¿queréis sanar vuestra dependencia, vuestra pasividad, vuestra complacencia en la situación actual, desde la que atribuís a los demás la responsabilidad de vuestra propia situación? ¿Queréis ser buenos religiosos (muchos o pocos no entra en la pregunta), libres, proféticos, constructores del Reino, mis seguidores apasionados; o por el contrario estáis viendo cómo conservar las empresas que habéis montado, el negocio, por muy válido que sea?

Jesús terapeuta, que habita en lo más íntimo de nuestros corazones, nos puede sanar de los males para vivir el momento actual en clave de salud, integrando la finitud. Nuestro desafío es vivir a partir de lo que somos, no como meras empresas prestadoras de servicios.

25 J. M. R. TILLARD, En el mundo sin ser del mundo, Santander: Sal Terrae (1975).

Universidad Pontificia de Salamanca

> «El Jesús desautorizado públicamente por y condenado en virtud de la autoridad de la ley judía del tiempo, y autorizado por Dios al resucitarle de entre los muertos, es el fin de la ley y, por ende, el fin del camino de la justificación por las obras de la ley. El Crucificado se hace presente mediante la fe, por pura gracia. Esta verdad tiene una vertiente espiritual. Pero tiene también una dimensión política. De hecho, sin embargo, con demasiada frecuencia nos seguimos justificando por las obras, por los méritos o capacidades»[26].

c) *Los «fármacos» (morales)*

Quizá no sea necesario continuar, después de haber hecho referencia a Jesús, fuente de nuestra sanación. Trataré, sin embargo, de indicar algunos cambios que, a mi juicio, hacen concretar las actitudes que se deben adoptar para «curar al enfermo» y para unos necesarios «cuidados paliativos».

El primer fármaco que, según mi opinión, debemos tomar es el de la *fidelidad* (y esto por vía endovenosa, o sea, que vaya directamente al corazón de todos nosotros). Fidelidad a nuestro ser cristianos, religiosos y religiosos para la salud. Ser fieles se traduce en capacidad creadora; así lo expresaba el Padre Calisto Vendrame, cuando era Superior General de los religiosos camilos.[27] En un mundo cambiante, si queremos ser los mismos también nosotros, debemos cambiar. Hacer frente al presente sin cambiar es traicionar la fidelidad. Y esto mismo nos lo debemos aplicar con respecto a la creatividad en las obras propias de servicios sociales y de salud, así como en la pastoral de la salud. La complejidad del mundo de la salud y del sufrimiento nos debe llevar a ser fieles, en todas las funciones que asumamos, a nuestra razón de ser.

Pero aquí quisiéramos recordar también el tema de las motivaciones. Los fundadores tenían claro que lo que querían hacer era un proceso de liberación: conseguir asistir a los enfermos por amor de Dios y no por otros intereses. La pregunta sobre el porqué de nuestros ministerios individuales y comunitarios y de los proyectos se presenta siempre como un reto a nuestra fidelidad. No es suficiente preguntarnos sobre cómo hacemos lo que hemos comenzado o heredado de nuestros hermanos, sino que es preciso preguntarnos sobre su porqué. Se trata de un porqué que se refiere a la motivación y la finalidad. El carácter profético del carisma de la vida religiosa debe llevarnos a estar vigilantes sobre lo que debemos ser como religiosos, es decir, *signos significativos,* personas y comunidades que apuntan más allá de lo que se ve a primera vista. No tendría sentido estar en un lugar donde nuestro ser no fuera significativo, donde nuestra presencia no fuese parábola, donde nuestro propio ser no fuera evangelizador.

26 B. FERNANDEZ, La cuaresma del seguimiento de Cristo, in: Vida religiosa, 113, (2012) 16.
27 C. VENDRAME, Essere religiosi oggi, Roma: Dehoniane (1989) 303.

Universidad Pontificia de Salamanca

¿Estoy diciendo que hay que dejar algunas obras, algunos ministerios? Sí. También estoy tratando de resaltar la importancia de la constante revisión de las motivaciones que nos llevan a realizar servicios concretos, es decir, a lo que nos mueve a ejercer nuestra misión.

> «La vida consagrada está llamada a volver una vez más a lo esencial. Es en realidad lo que siempre han intentado los fundadores de institutos, al descubrir o recrear un antiguo carisma evangélico. Pero tal vez haya que hacerlo más radicalmente, desde la misma Palabra de Dios «sin glosa». Lo esencial en los variados estilos de vida consagrada es volver al estilo de Jesús: conocerlo por experiencia, internalizarlo de modo inédito, o reproducirlo creativamente en nuestro tiempo. La historia nos da experiencia y perspectiva, pero también nos llena de estructuras caducas, antigüedades y polvo»[28].

Quizás también sea necesario tomar una dosis de *transparencia y sinceridad* que nos ayude a *purificar las motivaciones* (por vía oral, como el spray que purifica cuando respiramos hondo). Significa no pedir la colaboración de los seglares y de religiosos de otros continentes solo por la disminución del número de religiosos en la vieja Europa, sino que debemos pedirla como don y como carisma, presente en la iglesia comunión, que nos fue transmitido por el Espíritu a través de nuestros fundadores.

Tomemos asimismo una dosis de *humildad* (cada uno piense por qué vía tomarla para que le ayude a sentirse más humilde). No nos creamos mejores que los servicios sociales y de salud prestados por otras entidades, ni más competentes. No nos creamos por más tiempo los dueños del carisma, porque es un don de Dios para toda la Iglesia y la sociedad, a través de los fundadores. Hoy es una exigencia compartir la responsabilidad confiada a todos por el Espíritu en pro del bien del mundo entero. A propósito de esto, en los últimos años muchos Institutos han dado pasos significativos y hoy cuentan con numerosos asociados seglares que participan activamente de su espiritualidad y de su misión. Otros, en cambio, empiezan a abordar ahora esta nueva aventura y están buscando vías para realizar el proyecto soñado por el Fundador.

Tomemos también una dosis de *confianza* (bajo la forma de gotas oculares, para ver bien). Este remedio nos quitará el temor al cambio. «Cuando sopla el viento del cambio, unos construyen muros para defenderse, otros construyen molinos», dice un proverbio. Seguramente, tomando el remedio de la *confianza,* no nos lamentaremos más sobre la escasez de recursos humanos y de vocaciones, y construiremos más espacios de fraternidad.

Tomemos también una dosis del *compartir* (como crema para las manos). Se trata de evitar «prelaturas personales» o «institucionales» que llevan a iden-

28 J. D. RAMOS, El cambio de época y la vida consagrada, in: Vida religiosa, 1/113, (2012) 8.

Universidad Pontificia de Salamanca

tificar obras propias con la misma institución, cosas con personas, proyectos con carisma.

El Padre Monks, también exSuperior General de los camilos, definía este reto como *partnership*[29]. A pesar de nuestra tradición un tanto vertical de la Iglesia, no es necesario que seamos los dueños, los que mandan, los que tienen el poder, el dinero, la capacidad de decidir… Así como en la vida consagrada el poder es más de naturaleza carismática que jurídica, el *liderazgo* en las obras asistenciales propias, en este nuevo paradigma *relacional (de partnership),* deberá basarse en primer lugar en la identidad, en el carisma, en la competencia; mucho antes que en el poder. Una es la lógica institucional y otra la evangélica. Decía Juan XXIII que «agoreros de calamidades» abundan por doquier. Necesitamos la capacidad para infundir ánimo. Tenemos crisis de liderazgo. «El liderazgo es capacidad de guiar sin imponer; orientar sin forzar; mostrar y atraer. Es un liderazgo espiritual que no se logra con destrezas humanas, aunque las comprende. La comunidad religiosa tiene que superar tres tentaciones siempre presentes: el conformismo, la casuística y el desánimo. Estas, unidas a aquellas dos que ya señalaba Juan XXIII en su decálogo, prisa e indecisión, constituyen cinco transversales en las cuales nos jugamos todo el ser comunidad o parecerlo»[30].

d) *Las PJP (personalidad jurídica propia) en el ámbito anglosajón*[31]

En los últimos años, la investigación que se está realizando sobre el futuro de estas obras propias de instituciones religiosas, desde el Vaticano, a la vista de la grave reducción en los números de religiosos activos en América del Norte y Europa occidental, que se produce además en un momento en el que las actividades apostólicas se hacen más complejas bajo el aspecto profesional, ético, financiero y jurídico, ha llevado a que Roma dé una respuesta a la situación.

En realidad, en cierto sentido la pregunta era la siguiente: «Cuando ya no estemos, estas obras confiadas a la Iglesia, ¿cómo se seguirán realizando en nombre de la Iglesia y según las normas éticas y jurídicas de la Iglesia?». Cuando las obras están en las manos de los institutos religiosos, se entiende que la actividad apostólica «se realiza en nombre de la Iglesia y por su mandato» y debe ejercerse en comunión eclesial (Código de Derecho Canónico, c. 675, párr. 3). Al mismo tiempo, el canon 634, en el párrafo 1, reconoce espe-

29 F. MONKS, Unità, giustizia, solidarietà e così via …, in: Camilliani-Camillians, Roma (2006) 346.

30 L. A. GONZALO, La reestructuración es cuestión de comunidad, in: Suplemento Vida Nueva Con Él, 3 (2012) 12.

31 Diario de la Asociación Católica de Salud de EEUU, Health Progress, septiembre-octubre de 2011. Recogemos algunas informaciones del trabajo realizado por la Hna. Sharon Holland al respecto.

Universidad Pontificia de Salamanca

cíficamente la personalidad jurídica de los institutos, las provincias y casas. Como tales, «cumplen en nombre de la Iglesia… la misión que se les confía mirando al bien público» (c. 116, párr. 1)[32]. Pero, ¿qué sucede si el instituto religioso no continúa las obras?

La respuesta evidente, en algunos casos, sería pasar las obras a otro instituto religioso o a la diócesis. Sin embargo, esto no siempre es posible. Otros institutos religiosos a menudo han tenido dificultades semejantes. Puede ser que las diócesis estén en la posición de asumir la gestión, pero también puede que no lo estén. Es raro que una diócesis sea capaz de asumir un hospital o un conjunto de hospitales que abarque varias diócesis. Ante la necesidad, los religiosos comenzaron a buscar una estructura capaz de preservar su patrimonio espiritual y económico, tal y como está expresado en sus obras apostólicas, capaz de satisfacer tanto las normas del derecho civil como las del derecho canónico.

Una semilla de respuesta la sembró el concepto de la personalidad jurídica propia (conocida en el sector como PJP), que no es ni un instituto religioso ni una diócesis, pero que podría funcionar en nombre de la Iglesia. Nadie ha afirmado que la PJP es la única manera de seguir adelante para los apostolados que los religiosos ya no tienen la capacidad de gestionar de forma independiente. Sin embargo, es una posibilidad que está siendo seriamente estudiada y que ahora ya ha sido experimentada. En la vida de los institutos y de la Iglesia, 20 años son un plazo de tiempo bastante corto, pero a pesar de ello, constituyen una experiencia valiosa.

Con la excepción de algunos casos en los que los cánones otorgan directamente la personalidad jurídica (es decir los institutos religiosos y sus provincias, c. 634), el Código establece que la personalidad jurídica la concede la autoridad eclesiástica competente (cánones 114, 116). La identidad específica de dicha autoridad deriva del canon 312 §1, que reconoce al Obispo diocesano como autoridad competente para conceder la personalidad jurídica pública dentro de su territorio, a la Conferencia Episcopal para las PJPs nacionales y a la Santa Sede para las que son universales e internacionales. En el momento de las primeras solicitudes de los Estados Unidos, la Conferencia Episcopal estadounidense prefirió que actuase la Santa Sede. En otros países, las Conferencias Episcopales nacionales o regionales han intervenido en cuanto a solicitudes semejantes. Dado que las solicitudes implicaban los ministerios de congregaciones religiosas, a menudo de derecho pontificio, la autoridad competente de la Santa Sede para conceder la personalidad jurídica, aprobar los Estatutos y autorizar la enajenación de bienes que pasan a la nueva PJP es

32 La personalidad jurídica procede de la erección eclesial del instituto, mientras que el mandato de la misión de la Iglesia deriva de la aprobación de las constituciones del instituto.

Universidad Pontificia de Salamanca

la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, CIVCSVA). Si la solicitud partiera de un Obispo, el dicasterio competente sería la Congregación para el Clero.

Entre 1991 y 2011, la CIVCSVA concedió la personalidad jurídica pública a 18 sistemas de salud y el estatus de PJP privada a un sistema de salud. De éstas, 11 fueron solicitadas por un instituto individual y 8 por dos o más institutos. Los países de dichos sistemas son: EE.UU. 12; Canadá 4; Australia 2; Irlanda 1.

Como es sabido, en España esta tendencia no se ha producido por diferentes motivos y las instituciones religiosas han preferido realizar procesos de delegación de la gestión de los hospitales a Fundaciones civiles, en las cuales conservan la mayoría de miembros del patronato religiosos o nombrados por los Consejos Provinciales (pudiendo ser seglares). En otros contextos, han sido Consorcios públicos los que se han encargado de tomar la gestión de los centros sanitarios de los religiosos, conservándose la propiedad de los inmuebles y, con frecuencia manteniendo el servicio de atención espiritual y, en algunos casos, las actividades del voluntariado.

3. Pronóstico: auspicio

Si no seguimos la terapia, es probable que el paciente muera con dolor; o que no sane de las patologías diagnosticadas. Si es que debe vivir aún, deberá vivir con patologías crónicas.

Sobre el futuro del liderazgo carismático en las obras propias, sería muy útil y oportuno ponernos ante nuestra propia organización, con la voluntad de esclarecer cuál es nuestra *misión* y cuál nuestra *visión* actual que tenemos sobre ella.

El elemento constitutivo de la existencia de nuestros institutos encontrará una expresión clara en la descripción de la misión y de la visión. La misión, es decir, ese conjunto de objetivos finales, que concurren a determinar las principales decisiones y transformaciones internas de cada congregación, y a la organización de su apostolado. Y la visión, es decir, la representación del futuro, en pro del cual valga la pena empeñarse y arriesgar, porque el objetivo que se debe alcanzar determinará el estilo, la mentalidad, los criterios adoptados en las decisiones y la cultura organizativa.

Así, la misión fundamental de nuestras obras será la de testimoniar al mundo el amor siempre presente de Cristo a los enfermos. Y, por lo que respecta a la visión, para ser creativos tenemos que actualizarla, o sea ser fieles a nuestra misión. Si tomamos los fármacos con responsabilidad, podremos soñar con un futuro de *patnership* en nuestro liderazgo de obras asistenciales

Universidad Pontificia de Salamanca

y pastoral de la salud. El carisma se mantendrá vivo si logramos transformarlo en riqueza relacional para que así pueda brindar criterios para la lectura de la historia, compartidos entre religiosos y seglares, en clave de historia de la salvación. En el futuro, los actualmente conocidos con el nombre de colaboradores serán los protagonistas, los líderes, los fundadores y los arquitectos de muchas nuevas iniciativas hospitalarias… Por tanto la pregunta más importante es: ¿cómo mantener viva la ética, la filosofía, la historia y los valores en el futuro?

El paso augurado debe orientarse hacia el desarrollo de una *cultura* en la que la responsabilidad, sobre sí y sobre las actividades realizadas, esté ampliamente compartida por todos los protagonistas. La palabra «cultura» evoca procesos que exigen tiempo de difusión, hasta cuando se los puede considerar una mentalidad habitual.[33] Describe un proceso de cambio que implica pasar de una sensibilidad que une autoridad y responsabilidad real, no solo moral, asignada a unos pocos, a una actitud mental en que dichos elementos se encuentran normalmente en todos los miembros de la Organización.

En el actual cuadro institucional, es oportuno hablar de un desarrollo de *responsabilidades* por parte de los religiosos, dentro de los institutos y de las organizaciones o grupos de seglares con los que estamos relacionados, para crear la base cultural necesaria para nuevos pasos, más adecuados a los ideales de comunión y de los modelos de responsabilidad compartida.

Un mañana —y en algunos contextos hoy mismo—, la común responsabilidad de la misión de religiosos y seglares podrá encontrar formas organizativas, en las que el criterio de propiedad privada (del carisma, de nuestras obras, de los proyectos, etc…) ceda su lugar a una mayor visibilidad del carácter de comunión de una comunidad cristiana, que asume un problema en su territorio. La misión como comunidad religiosa, es decir, el elemento específico que la distingue, constituye el rasgo *simbólico existencial* que la comunidad ofrece a la misión de la Iglesia no tanto con sus obras o acciones, sino especialmente con su ser carismático. En otras palabras, y según Tillard, «los religiosos apoyan la misión de la Iglesia con su propia condición de ser religioso»[34]. Es nuestra condición de religiosos lo que define nuestra misión, no el *hacer.* ¿Cuál es entonces nuestra condición, nuestro ser? La respuesta es: *el carisma de la vida religiosa recibido para vivir consagrados*, a Dios en el servicio*,* es decir, el estilo de la dinámica inspirada por el Espíritu que nos lleva a servir al Señor en el enfermo, en el pobre, etc. (cf. Mt 25,40). Los religiosos consagrados tienen, como miembros del Pueblo de Dios, la misma misión que

33 C. FASANO, Opera o persona? Un nuovo paradigma organizzativo della vita consacrata, Milán: Ancora (2005) 20.

34 J. M. R. TILLARD, El proyecto de vida de los religiosos, Madrid, (1974) 377.

Universidad Pontificia de Salamanca

los demás miembros de la Iglesia[35] de seguir a Jesús, que recorría «todos los pueblos y aldeas anunciando la buena noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias» (Mt 9,35).

En este sentido, el concilio Vaticano II pide a los religiosos que sean *signo,* no solo por las tareas apostólicas que desempeñan, sino especialmente por lo que son, por su modo de vivir y de entender la vida y de organizarla. «Así, pues, la profesión de los consejos evangélicos aparece como un símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana» (LG 44).

El aspecto específico de la misión de la comunidad religiosa es su aportación como *símbolo existencial,* como *parábola* que propone una «verdadera anormalidad»[36], mejor aún, «una exageración profética»[37] de los valores contenidos en los consejos evangélicos. Como símbolo existencial, la vida religiosa tiene «la función de provocar una actitud diferente, de acogida, de participación integral del sujeto, de aceptación de sus dinamismos internos y, al propio tiempo, de 'relectura' de la experiencia y de la realidad de las cosas»[38]. La vida religiosa quiere ser un símbolo que comunica un mensaje y despliega una identidad: la de la identificación con Jesús de Nazaret, cuya memoria se nos ofrece evocada simbólicamente en la vida del consagrado, y ésta se convierte en mediación, puente y llamada del Reino. El carisma de la vida religiosa es para el consagrado una experiencia «que genera una novedad de vida que transforma a quien le recibe y le modela»[39]. «La reestructuración de institutos, comunidades y obras no debe ser entendida solamente como un cambio de estructuras o un replanteamiento, sino como una «re-significación» carismática de la presencia de los religiosos entre la gente, entre los pobres y quien ha perdido la esperanza»[40].

Por nuestra parte, los religiosos tendríamos que aprender a escuchar a los seglares[41], y a liberarnos de nuestros temores porque no tenemos nada que defender, y sí mucho que compartir. Si abrimos de par en par los horizontes y dejamos que entre un poco de aire fresco a nuestra casa, podemos respirar profundamente. Si sabemos hacernos permeables, dóciles al soplo

35 «Hay en la Iglesia diversidad de ministerios, pero unidad de misión» (AA 2).

36 J. C. R. GARCIA PAREDES, in: AAVV., Presencia y misión. Vida religiosa a Iglesia particular, Madrid: Publicaciones claretianas (1994) 51.

37 J. C. R. GARCIA PAREDES, in: AAVV., Presencia y misión. Vida religiosa a Iglesia particular, Madrid: Publicaciones claretianas (1994) 167.

38 F. ALVAREZ, La nuova evangelizzazione nel mondo della salute. Prospettive religioso-pastorali, in: AAVV., La vita consacrata nel mondo della salute, Roma: Quaderni del Camillianum, 4 (1993) 54.

39 F. ALVAREZ, La nuova evangelizzazione nel mondo della salute. Prospettive religioso-pastorali, in: AAVV., La vita consacrata nel mondo della salute, Roma: Quaderni del Camillianum, 4 (1993) 56.

40 P. DEL CORE, Vida religiosa y cambio: la reorganización de los institutos, in: Vida religiosa, 4 (2010) 18.

41 F. MONKS, Prospettive e obiettivi della collaborazione religiosi-laici, in: Camilliani, informazioni e studi, Roma (1995), n. 82, 617ss.

Universidad Pontificia de Salamanca

del Espíritu y a sus mediaciones, que acogeremos con sencillez y humildad, la vida de los carismas que han provocado el nacimiento de las Congregaciones tendrá futuro. Y vete a saber si no está ya soplando y diciéndonos: «De nuevo, es la hora de la verdad, libraos de la artillería moral tradicional (hábitos) e id al corazón, al Evangelio de Jesús, para inspirar la cotidianeidad de esta forma de vida que habéis inventado».

Deseo que demos con esas nuevas formas de comunión en la gestión del carisma, que nos ayudemos más a crecer espiritualmente, que estemos más presentes en las sociedades científicas que trabajan en ámbitos sanitarios, mucho más solidarios, y no en competencia con los grupos de seglares que trabajan en el mundo de la salud; o con los políticos que buscan la salud del ser humano; y que en nuestro crecimiento personal, e incluso en el conocimiento del carisma y del Fundador/a, nos dejemos ayudar por los seglares, y que contribuyamos a definir, conjuntamente, la *visión* de nuestros proyectos y de nuestras obras. Así rendiremos *justicia* a la naturaleza misma de la Iglesia y a la realidad del mundo de la salud, donde los seglares —especialmente las mujeres— son sus protagonistas.

Estamos llamados especialmente al «ars moriendi» carismático propio de la vida religiosa, no como expresión de resignación individual y colectiva —del grupo, de una institución asistencial, de una provincia…—, sino como signo viviente del mismo Espíritu que nos lleva a las renuncias y no concentra las energías en la conservación de sí mismos, ni individualmente ni como institución[42], con una fe atenta a las novedades que el Espíritu hará que rebroten. La evidente pérdida de protagonismo de los religiosos en el mundo de la salud[43] nos debe llevar a nuevas formas de presencia evangelizadora.

Existe un riesgo de encarnizamiento terapéutico institucional. Los intentos de reestructuración, reorganización… son aproximaciones parciales que producen experiencias de desmotivación, falta de esperanza, individualismo, problemáticas relacionales y afectivas. La lógica de la cantidad y del cálculo que va caracterizando el proceso de reestructuración, parece bloquear también procesos de cambio y de creatividad.

Me ha sorprendido el planteamiento de Cristo Rey García Paredes al afirmar: «Hay que evitar abortos y eutanasias. Esa es la responsabilidad que cabe a nuestra generación. Los institutos de vida religiosa necesitan, por tanto, que la Iglesia, defensora de la vida, defienda también su vida y no se muestre —como desgraciadamente acontece en algunas personas de nuestro tiempo—

42 J. B. METZ, Las órdenes religiosas. Su misión en un futuro próximo como testimonio vivo del seguimiento de Cristo, Barcelona: Herder (1988) 25-26.

43 PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LA SALUD, I religiosi nel mondo della sofferenza e della salute, Roma (1987) 21-22.

Universidad Pontificia de Salamanca

despreciativa e incluso pronostique demasiado precipitadamente —con un cierto sentimiento complaciente— su muerte».[44] Y añade: «Cuando un instituto envejece, entra en crisis, no se regenera, se plantea qué hacer para salir del caos. Se espera de los superiores que no se resignen a la muerte anunciada y busquen las soluciones más adecuadas. Una de las soluciones a las que más se recurre en nuestro tiempo es la revisión de organismos, la reducción o la fusión. Se espera de estos procesos de reunificación, re-estructuración o re-organización, una solución a la crisis. Es probable que estas iniciativas sean, en última instancia, cuidados paliativos, que no consigan la regeneración deseada»[45]. Pero añade: «Que un instituto muera, después de haber recorrido un itinerario carismático fecundo y fiel, no es una desgracia. El Dios de la historia y de la vida determina tanto el inicio como el final. Hay casos en los cuales lo más responsable ante Dios es vivir el fin desde el «ars moriendi charismatica». Jesús mismo nos lo enseñó cuando nos dijo: «Os conviene que yo me vaya…». Tornando de nuevo a decir que «puede ocurrir que no sea voluntad de Dios el fin del instituto, sino su refundación en un tiempo nuevo. En este caso, el Espíritu Santo adquirirá un nuevo protagonismo: alentará sobre los huesos secos y resucitará lo que está muriéndose. (…) No hay que resignarse a la muerte»[46].

Quiero pensar con Arnáiz que todo nos indica que no estamos abocados a la desaparición de la vida religiosa. Sí creo que desaparecerán determinadas formas de vivirla y se «evaporarán» congregaciones que están en riesgo de desaparecer. ¿Cuáles son las previsiones de sobre el futuro de los institutos religiosos? Esta pregunta no puede faltar, pero «bien sabemos que hacer previsiones, sobre todo a largo plazo, es una de las formas más seguras de equivocarse».[47] «Algunas instituciones morirán y otras, quizás sería mejor que no hubieran nacido, puesto que lo hicieron muertas, con poco carisma, con poco vino nuevo y desde luego odre adecuado, proyecto original y tarea significativa y en ocasiones hasta nombre original»[48].

Son elocuentes las palabras de la Hna. Marlene Weisenbeck en su discurso de despedida al terminar su periodo presidencial en la Conferencia de Líderes de Mujeres Religiosas de Estados Unidos en agosto de 2010: «Espera-

44 J. C. R. GARCIA PAREDES, «Del fuego de los orígenes al arte de renacer», en: Vida religiosa 4/2010, p. 34.

45 J. C. R. GARCIA PAREDES, «Del fuego de los orígenes al arte de renacer», en: Vida religiosa 4/2010, p. 36.

46 J. C. R. GARCIA PAREDES, «Del fuego de los orígenes al arte de renacer», en: Vida religiosa 4/2010, p. 36. J. M: ARNÁIZ, «El fenómeno de la preocupación por la reorganización», en Vida religiosa 3/2009, p. 17.

47 J. M. ARNAIZ, «Acompañar institutos en riesgo de extinción. La opción de morir con dignidad. El arte carismático de morir», en Vida Religiosa 5/2010, p. 77.

48 J. M. ARNAIZ, «Acompañar institutos en riesgo de extinción. La opción de morir con dignidad. El arte carismático de morir», en Vida Religiosa 5/2010, p. 77.

Universidad Pontificia de Salamanca

mos con esperanza inquebrantable. Nos hemos sentido temblar con los constantes cuestionamientos de la Iglesia y con las asesorías canónicas, impactadas con los movimientos planetarios en Haití y en Chile, Turquía y México, con el derrame del petróleo en el Golfo, con los deslizamientos de la tierra en china, preocupadas por las noticias sobre abusos sexuales en el mundo, sin mencionar los movimientos que produjo la reforma de salud en nuestro país y en nuestra Iglesia. En medio de la inquietud sistémica generada por estos eventos explosivos, nos hemos hecho un llamado a la esperanza en medio de la oscuridad… Debemos ser testigos de esperanza para el mundo como profetas, artistas, sanadoras y amantes. Profetas, artistas, sanadores y amantes… Ahora es mañana»[49]. «Hemos perdido mucha fuerza en el proceso de renovación. Pero hemos ganado mucha libertad. Todo parece indicar que Dios quiere todavía más pobres nuestras presencias, más cercanas nuestras estructuras, más sinceras nuestras propuestas»[50]. Cuando dentro de unos siglos se hable de nosotros, quizás se dirá que fuimos personas que hicimos una transición de fe, fieles al Espíritu, hacia una nueva vida consagrada en la que, en estos días, mucha energía está centrada en el cuidado entre nosotros mismos.

Quizás toca vivir sanamente también en términos de:

— La inexorable selección natural: solo sobrevive lo que procede del medio, es fuerte y se adapta.

— Es posible que la muerte de algunas instituciones se deba al relativo regreso a la atomización, que supuso la primavera congregacional del siglo XIX en la que surgieron multitud de congregaciones

— Puede que algunas congregaciones mueran de abundancia, es decir, por haber bajado la guardia de la exigencia o de mantener el norte y el discernimiento en los procesos vocacionales.

— Puede que se produzcan muertes por acomodo e instrumentalización, que hoy necesita una purificación imprescindible. Entre estos acomodos e instrumentalizaciones podrían estar aquellos que se situaron en la lógica de la caridad, de la compasión y de la sensibilidad social: allá donde no llegaban los gobiernos, los consagrados realizaban desinteresadamente tareas necesarias en favor de la sociedad[51].

49 En: National Catholic Reporter, http://ncronline.org

50 L. A. GONZALO, La reestructuración es cuestión de comunidad, In Suplemento Vida Nueva Con Él, 3 (2012) 15.

51 A. BELLELA, Institutos religiosos que han muerto, in: Vida Religiosa 5 (2010) 12-18.

Universidad Pontificia de Salamanca

5. Factura

Y después de todo diagnóstico y de toda acción terapéutica, viene, lógicamente, la factura; porque en la vida, todo tiene un precio… Tenemos que saldar la factura de este proceso terapéutico. Desde el punto de vista económico, me agrada compartir la convicción de que cuesta más un religioso que un seglar pagado, así como cuesta más la falta de formación de lo que cuesta la formación misma —de por sí dispendiosa—.

Pero el precio más caro que debemos pagar quizás sea el de un cierto «nacer de nuevo» (Jn 3,3). Esta es una invitación a evangelizar; pero, al mismo tiempo, a dejarnos evangelizar cada día; no solo a amar, sino que a dejarnos amar; y, si fuera necesario, a reorganizarnos a partir de nuestra mente. Y ello se debe aplicar nuestra vivencia del carisma. Nos toca «dejarnos cuidar», envejecer saludablemente, evangelizar y vivir la vida religiosa sanitaria sentados en la silla de ruedas que tantas veces hemos empujado.

Para terminar, querría decir que, si se me pidiera una reflexión sobre los aspectos positivos de las instituciones asistenciales y la pastoral de la salud animada por la vida consagrada, la haría con muchísimo gusto. He señalado, más bien, lo que vivo como reto para el liderazgo en una situación crítica.

La vida consagrada está viva. No es una máquina; no es un conjunto de trámites. También contiene emociones, valores, reflexiones, temores… Estos factores invisibles son más poderosos que las cuestiones administrativas, que la gestión de nuestro patrimonio y nuestras empresas prestadoras de servicios, y que las disposiciones y declaraciones de valor. A veces, los más hermosos y altos ideales declarados por los Capítulos, no se llevan a la práctica porque no hallan respuesta en la seguridad emocional de las personas, ni en sus ilusiones y expectativas. Si no desarrollamos actitudes interiores de comunión, no sucederá nada entre nosotros. Si la vida consagrada, como sistema viviente, se auto-organiza solo para su supervivencia, para una conservación patrimonial o del volumen de gestión (organización que tiende a ser defensiva), nada nuevo sucederá. Pero si esta auto-organización tiene lugar, también como ser viviente que quiere evolucionar, deberá seleccionar los comportamientos más aptos para cada momento. Y nuestro momento es caminar juntos y «*unidos» en pro de la justicia y de la solidaridad* en el mundo de la salud.

Es necesario impregnar el liderazgo carismático en las obras asistenciales y pastoral de la salud trabajando en clave de comunión eclesial; poniendo más corazón en las manos, más pasión, como también más tiempo y dedicación a esa inteligencia del corazón que puede transformarse en verdadero motor de humanización. Y actuemos con verdadera pasión, sin temor, leyendo en ellos la necesidad de denunciar las injusticias y los signos de deshumanización, y hablando siempre con la intensidad de un corazón apasionado. Quizás enton-

Universidad Pontificia de Salamanca

ces no sea tan importante la cantidad de obras, cuanto el eco evangelizador que consigan en el mundo de hoy. «Dicen los manuales de los ejecutivos que cuando falta pasión y apasionamiento, se debe uno plantear el cambio de empresa»[52].

En efecto, el corazón, esa obra de ingeniería divina, con su trazado de conductos, bombas, válvulas, incansable fuente de calor –como diría Galeno-, que nos mantiene vivos y cuyas razones, a veces, la razón no entiende –parafraseando a Pascal-, llamado sede del pensamiento por Empédocles, nos puede mantener tensos y blandos, como lo hace un muelle, para contribuir a definir la identidad de las obras propias de la vida consagrada en el campo de los servicios sociales y de salud.

Si algo quería decir en estas páginas es que juntos, con Jesús de Nazaret en el centro, podemos seguir caminando en medio de riquezas carismáticas. Estos retos (juntos y Jesús en el centro) serán siempre sugerentes de formas nuevas y del gozo de buscar los ideales cristianos en las diferentes formas de vida cristiana.

José Carlos Bermejo
Religioso Camilo

52 A. GONZALEZ-ALORDA, Los próximos 30 años, Barcelona: Alienta (2010) 30. Discurso de Clausura del Congreso «Evangelizar desde la Hospitalidad», Granada, octubre 209, citado por M. MARTIN, Hermanos de S. Juan de Dios, in: J. DE LA TORRE, Pasado, presente y futuro de la bioética española, Madrid: Comillas (2012) 94.

Universidad Pontificia de Salamanca